yendo la amargura de los otros. Nos hemos incrustado en las rendijas de la montaña, como el campanero en la catedral de Paris; su ambiente nos es necesario; nos encontramos como inquietos en las grandes poblaciones, y es que formamos parte integrante de ese mundo mudo, compuesto de piedras y bosques.

Durante el último otoño, mientras que la guerra civil ardia á nuestros piés, estuvimos contemplando los famosos sepulcros improvisados por los cristianos fugitivos de la primera invasion de los africanos. A no ser por una cruz tosca, trabajada groseramente en la cara interna de las losas, no hubiéramos atinado á quién podian pertenecer aquellas tumbas que una mano piadosa abrió en aquellas soledades impenetrables entonces. Una de ellas nos recogió durante un fuerte aguacero que cayó en la mañana del 2 de Octubre, y vivos y muertos estuvimos en la cueva que encontró la casualidad hace pocos años.

Habia oido contar á varios monjes del encanto que produce la compañía de un difunto en una cueva y durante una tempestad, especialmente cuando está acostumbrada la imaginacion á retrogradar á los siglos pasados. Me habia burlado de aquella supersticion pueril, porque no habia sido capaz de sentirla. Recostado á la sazon sobre una peña que sirviera de almohada al difunto, fijas las miradas en la bruma que la lluvia amontonaba á la entrada de la gruta, cuanto mas me engolfaba en los recuerdos de aquella época, otro tanto se apoderaba de mí esa melancolía tranquila, que la naturaleza nos pinta en las lluvias del invierno en que las gotas caen suavemente unas tras otras; la ilusion de los sentidos pasaba al corazon, y me sorprendia la noche mudo é inmóvil cual me dejara la mañana. Entonces, á favor de la oscuridad, oí azotar la lluvia las hojas de los acebos y madroños, el viento que silvaba entre las ramas espesas de los matorrales; sentí la humedad de la atmósfera que penetraba cruelmente en mi cuerpo, y quedó completamente desvanecida la fascinacion espiritual á la fuerza de las impresiones materiales. Al otro dia el descubrimiento de una rica cantera de jaspe muy cerca de la capilla de San Juan, me hizo olvidar la ilusion y la fatiga; mas tarde una visita de los guerrilleros de Vilella y Borja, me hizo olvidar la cantera, y otro dia despues no me acordé de los caudillos carlistas oyendo á la Rossi en la Norma, sentado en uno de los magníficos sillones del gran teatro del Liceo en Barcelona.

En la Cueva santa leí hace ocho dias los partes telegráficos que anunciaban la caida de la dinastía de Orleans del trono de Julio, y para juzgar acerca el desenlace de las jornadas de Febrero, abrí el libro de las Armonías del señor Alfonso de Lamartine, hoy dia actor principal del gran drama.

Dichosos los que habitaron las soledades de Monsant, en los siglos pasados, lejos del bullicio y de las luchas.

El alma del viagero se eleva al pensar en ello hasta las ideas mas sublimes, porque se ve arrastrada por dulces ensueños. El silencio tiene allí armonías misteriosas; fórmanse nubes y rugen tempestades á los piés del observador, el cielo y la tierra se tocan, y el hombre se convierte en ángel. Allí se siente rodeado de un ambiente balsámico y puro que apenas respira; las aromas de las flores y la sutileza de la atmósfera, sosiegan las palpitaciones del corazon; se adormecen los recuerdos, el cuerpo material parece se evapora, y el hombre cree en Dios, porque entrevee un porvenir de felicidad mas allá del horizonte azul.

Marzo, 1848.—S. S.

VARIEDADES.

FRANCISCO PETRARCA.

Los jibelinos y los güelfos asolaban la Italia, y estos partidos, entregados á la mas espantosa division, hacian surgir nuevas facciones que aumentaban la desolacion, uniéndose á la guerra general tantas guerras parciales como ciudades contaba la Italia. Los florentinos, gibelinos, se dividian en su poblacion en *blancos* y *negros* que se desterraban alternativamente. Arezzo fué el lugar destinado para punto de destierro de la familia de Petrarca, y en él nació Francisco en la noche del 20 de Julio de 1304, en ocasion que su padre y otros blancos intentaron infructuosamente sorprender á Florencia. Aun no habia cumplido Petrarca los diez años, cuando le llevó su padre al condado de Aviñon, donde Clemente V acababa de trasladar su pontifical residencia. Desde este punto envióle su padre á Montpeller, á fin de que estudiase la teología y el derecho, ciencias que en esta época se conceptuaban como indispensables, pero á las que el jóven Petrarca no manifestaba la mayor inclinacion, prefiriendo á este estudio el de Ciceron y Virgilio. Su padre, lejos de animarle en este género de literatura, arrojó un dia al fuego los libros favoritos del adolescente, cuya imaginacion precoz se habia exaltado á la edad de diez años al ver la fuente de Valclusa. Pero un genio, verdaderamente llamado tal, que se entusiasma y admira las bellezas de la naturaleza, no se desanima nunca, y por eso Petrarca, si bien fué sabio por obediencia, no dejó sin embargo de ser poeta. Enviáronle despues á la Universidad de Bolonia, donde adquirió la amistad de Cino de Pistoia, cuyos versos le habian grangeado una gran reputacion literaria, y este distinguido poeta corrigió y alentó los primeros ensayos de su amigo Petrarca.

A la edad de veinte años se quedó Francisco sin padre ni madre y pasó otra vez á Aviñon, donde no tardó mucho en conocer que por la infidelidad de su tutor, él y su hermano Gerardo tenian apenas con qué subsistir. A pesar de este desgraciado incidente, Francisco Petrarca halló su consuelo componiendo versos latinos, que fueron los primeros cimientos de su venidera celebridad, y los que le valieron la amistad de personas muy respetables, entre ellas la de Santiago Colona, y la de su hermano Juan el cardenal.

El 6 de Abril de 1327, lunes santo, á las seis de la mañana, vió por primera vez en la iglesia de Santa Clara en Aviñon, á Laura, esposa de Hugo de Sade, jóven muy distinguido por su nacimiento y fortuna, pero de carácter imperioso y con el que acibaraba la vida interior de su esposa. Laura tenia veinte años cuando Petrarca la conoció; era rubia y sus hermosos

ojos espresaban la pureza de su alma, la inocencia de sus pensamientos, y cierta tristeza de un espíritu elevado que el deber coloca y sostiene en la opresion. El fatal encuentro de Laura decidió la suerte de Petrarca, quien solo buscaba momentos para seguirla á todas partes. El uso autorizaba la publicidad de este amor, que el juicio de Laura y los celos de su marido redujeron á un platonismo que Petrarca maldecia continuamente; y no pudiendo verla mas que por incidencia, ni hablarla, la sacrificó su gusto por la soledad: la sociedad de Aviñon, tan brillante entonces porque los papas habian establecido allí su corte, se apresuró á rendir homenage á sus grandes y variados conocimientos, así como á su talento, conocido ya por sus poesías latinas, aun cuando sus versos italianos llegarian bien pronto á hacerle mas célebre en toda la Europa.

Sus frecuentes triunfos como escritor no mitigaban sus cuitas de amante, y resolvió dejar á Aviñon para viajar por tierras lejanas; pero Petrarca no podia vivir tan separado de Laura y de Valclusa: volvió á Provenza, y su amor, las gracias, las virtudes de Laura y las aguas que riegan aquel delicioso pais, le inspiraron aquellos sonetos, aquellas *canzoni*, objetos de la admiracion de su siglo y de los que despues vinieron. He aquí algunos traducidos por D. Alberto Lista.

¿Dónde cogió el amor, ó de qué vena,
El oro fino de su trenza hermosa?
¿En qué espinas halló la tierna rosa
Del rostro ó en qué prados la azucena?

¿Dónde las blancas perlas, con que enfrena
La voz suave, honesta y amorosa?
¿Dónde la frente bella y espaciosa
Mas que el primer albor pura y serena?

¿De cuál esfera en la celeste cumbre
Eligió el dulce canto, que destila
Al pecho ansioso regalada calma?

¿Y de qué sol tomó la ardiente lumbre
De aquellos ojos que la paz tranquila
Para siempre arrojaron de mi alma?

Cuando el planeta que embellece el dia
Vuelve á la casa del rosado Toro,
Y entre las puntas de encendido oro
Vivificante ardor al suelo envia;

No á la faz solo de la tierra fria
Da en bellas flores nítido decoro,
Mas de la vida celestial tesoro
Lleva del centro á la mansion umbría.

Así mi hermoso sol su luz me ofrece:
Me mira, y va en mi seno derramando
De dulce y blando amor llama halagüeña.

Mas ¡ay! mi lábio tímido enmudece,
Y aquel precioso fuego malogrado.
Pierde su fruto en la estacion risueña.

Cuando Febo en los piélagos de Atlante
Templa su ardor y el aire se oscurece,
Quejas doy de mi mal, que entonces crece,
A la alba luna, al cielo rutilante.

Mi dolor cuento, simple é ignorante,
A amor, que en los rendidos se enfierece,
Al adormido mundo, que enmudece,
Y al dueño esquivo de mi pecho amante.

De mis cansados ojos huye el sueño:
Triste suspiro y lamentable lloro
En mi rostro y mis lábios halla el dia.

En tanto el alba, su esplendor risueño
Difunde hasta el cenit, y el sol que adoro
No amanece á templar la pena mia.

Todos los sentimientos que forman al poeta, existen en el alma de Petrarca.

Las disensiones de Italia, el abandono de Roma, le afectaron profundamente, y en 1335 pintó en versos latinos, dedicados á Benito XII, los males de la patria y el deseo de que Roma recobrase su soberanía. Esta composicion hizo que el pontífice nombrase á su autor, que habia recibido las primeras órdenes, canónigo de Lombez. Petrarca se aprovechó de este favor, que le proporcionaba poder visitar la Italia; mas al poco tiempo regresó á su casa de Valclusa, y en ella escribió la historia de Roma y el poema titulado el *Africa*.

En un torneo al cual asistió el emperador, por hallarse de paso en Aviñon, preguntó quién era entre las damas que le rodeaban, una que se llamaba Laura; y habiéndola conocido, solicitó cortesmente el permiso de besar unos ojos tan célebres por los versos de Petrarca.

Encargaron al célebre poeta la ardua comision de negociar la paz, entre muchos príncipes y repúblicas en que se dividia la Italia. Enviado por Visconti, señor de Milan, á Mántua, cerca del emperador Cárlos IV, si bien es verdad que no logró el objeto de su mision, tambien es cierto que recibió personalmente de este soberano la acogida mas satisfactoria, y entre otros títulos honrosos el diploma de conde palatino.

Amado y respetado de todos por la lealtad de su carácter, proclamado el genio mas eminente de la época, durante su residencia en la Provenza, le invitaron para que pasara á Roma á coronarse como el primero de los poetas de su siglo. Emprendió su marcha á esta ciudad; pasó por Nápoles, donde por espacio de tres dias consecutivos sufrió un exámen sobre la historia, la literatura y la filosofía, por el sabio rey Roberto de Anjeu, quien encantado de las respuestas de su examinado, se despojó de sus insignias reales, y le rogó que las aceptase á fin de que las ciñera en el acto solemne de su coronacion de poeta.

El dia de pascua, 8 de Abril de 1341, subió Petrarca al capitolio y recibió la corona de laurel, que seguidamente depositó en el altar de San Pedro, teniendo para ello que atravesar una multitud, cuyas aclamaciones espresaban el entusiasmo de que se hallaba poseida.

Fué encargado por la ciudad de Roma, para que solicitase de Clemente VI llevase á dicha capital la silla santa; tambien en diferentes ocasiones verificó ciertas importantes negociaciones, que siempre tenian por objeto la pacificacion de Italia, y pasó y repasó los Alpes con mucha frecuencia.

Hallábase en Verona en 1348, cuando recibió la funesta noticia de que el 6 de Abril del mismo año habia fallecido Laura; es decir, el mismo dia y á la misma hora en que la vió por primera vez, siendo Petrarca á quien debemos el conocimiento de tan estraña coincidencia. Aunque Laura tenia mas de cuarenta años cuando murió, y habia sido madre de once hijos, no perdió ninguno de sus atractivos á los ojos de Petrarca, y prosiguió admirando sus encantos y cantando solamente á ella: este amor que nadie ignoró cuando publicó su *canzoniere* y los escritos contemporáneos, ilustraron el nombre de Laura, quien á pesar de su conducta ejemplar, fué acaso demasiado sensible á los padecimientos del enamorado poeta. Sin embargo, la pasion de Petrarca no le preservó de ciertos estravíos juveniles, pues parece que sustentó relaciones muy íntimas con una muger de oscuro linage, de la cual tuvo un hijo que vivió muy pocos años, y una hija que no separó de su lado hasta que la dejó casada.

Predispuesto con la muerte de Laura á las mas graves meditaciones, pasó á Roma y resolvió vivir con la regularidad que le imponia la posesion de los beneficios que habia recibido, mas á título de poeta que de clérigo. Primero se retiró á Venecia, y allí vivió en un magnífico palacio: solo interrumpia sus ejercicios religiosos para entregarse á los estudios, y ya era sexagenario cuando comenzó á aprender el griego, que le enseñaba Pilato de Tesalónica, que Bocacio, el mas querido de sus amigos, le habia hecho conocer.

Posteriormente se estableció en Argua, donde el 18 de Julio de 1374 le encontraron muerto en su biblioteca, á los setenta años de edad. Todos los habitantes de Pádua concurrieron á sus pomposas exequias, siendo sentida y llorada su muerte por todos los hombres ilustres, contemporáneos de sus triunfos literarios, de los cuales habia sido amigo y bienhechor. Su yerno, Borsano, mandó erigir á su memoria un suntuoso mausoleo.

Con genio, talento, amor al estudio y al retiro, nadie se admirará de que

Petrarca haya producido obras tan eminentes; pero tambien se observará la admiracion que inspiraron á sus mismos émulos, y los grandes honores que proporcionaron á su autor: esta justicia tan rara hácia los hombres grandes, acaso la debió Petrarca menos á su talento que á la bondad de su carácter, que conquistaba amigos y protectores en todas partes.

Prodigando su tiempo y su dinero para adquirir manuscritos griegos y latinos, reanimó el gusto hácia las obras de los antiguos. Su estremada sobriedad, su aversion á todo género de licencia, no le hicieron sin embargo enemigo de los placeres; su carácter alegre y jovial formaba las delicias de las reuniones donde se encontraba; era hombre probo, buen ciudadano, fiel y generoso con la amistad. La piedad en sus últimos años, exaltó mas todavía las nobles inclinaciones de su alma: austero y severo consigo mismo, era indulgente y tolerante con los demas. Las obras latinas que Petrarca consideraba como un título glorioso para la posteridad, forman 1200 páginas en fólio que hoy no se leen, y á continuacion se encuentran 80 poesías en lengua toscana, poco estimadas por su autor, pero que tambien contribuyeron á su inmortalidad: se reducen á sonetos y otras piezas de mediana estension, que puso por título: *Canzoni* y *Trionfi*. La *vida* y la *muerte* de Laura, las dividen en dos partes con el título de *Canzoniere*. Mientras mas se lee á Petrarca, mas se admiran aquellas poesías inspiradas por el corazon. Las mejores ediciones de las obras de este poeta italiano, son la publicada en Biagioli, con comentarios (1822) y la de Buttura, impresa en el establecimiento de Didot.

¡POBRE LUCIA!

¡De qué proviene tu tristeza, mi querida Lucía! ¿Es la ausencia de Madrid y de tu madre lo que así te afecta? En los quince dias que hace que tu madre consintió en que vinieras conmigo al campo, residencia habitual de tu buena tia, he sorprendido casi siempre bañados en llanto tus ojos. Dime, hija mia, qué te disgusta; ¿tienes alguna pena que te atormente, ó te fastidia este género de vida apartada y solitaria?

—¡Fastidiarme! ¡ha podido siquiera imaginarlo vd., tan buena para mí, y tan condescendente y previsora para satisfacer hasta mis deseos mas triviales?

—Bien, prosiguió la señora Brígida; ya tenemos una causa menos que nos haga dudar; pero si no es eso, entonces me ocultas un pesar secreto y yo ereo que tu silencio me lo revela.... ¿Proviene de la privacion de los placeres de la corte?

—Los placeres de Madrid, mi querida tia, son muy reducidos para una familia como la nuestra, de fortuna y nacimiento tan modesto.

—A nada tengo ya á que atribuirlo como no sea á la ausencia de tu madre....

—Mucho la amo..... pero vd. la reemplaza tan esmeradamente....

—Eres, niña, bondadosa y lisonjera.

—No, mejor diga vd. sobrina agradecida.

—Ahora, querida mia, no se me alcanza en una jóven como tú, mas que un objeto que pueda causarte pesadumbre. Tú has venido aquí para hacerme compañía, mientras que en Madrid quizás ha quedado álguien..... ¿eh? ¿no es esto?

—Cómo, tia mia, eso es suponer...

—Yo no supongo nada, sino que me atreveria á jurarlo.

—Ahora me convenzo de que debia á vd. haberlo confesado todo.

—No hubieras hecho mal; pero lo harás ahora.

Lucía, acercando tímidamente su silla á la de Brígida, comenzó con acento entrecortado y conmovido á decirla:

—Ya sabe vd. que rara vez la juventud elegante de Madrid, penetra por las calles de nuestro humilde y apartado barrio de San Francisco; pero sin embargo, mi madre me daba consejos y me precavia contra su seduccion, cuando obligada por los negocios de su comercio de confitería, me dejaba sola en la tienda. Casi siempre me despedia diciéndome estas palabras: "Desconfia de las galanterías y requiebros que te dirijan los que vengan con pretesto de comprar pastillas ó yemas, porque desgraciadas de las muchachas crédulas que les prestan oidos. Yo siempre prometia no escuchar nada."

—¡Ah! Lucía, Lucía, ya adivino que no has sido fiel á tu promesa.

—¡Oh! tia mia, no me riña vd.; mi madre tenia razon considerándolos en general.... pero siempre tambien es fuerza que haya alguna escepcion.

—Sí, y no hay muchacha que no piense haber tropezado con una.

—¡Oh! Arabel lo es en efecto.

—¿Cómo? ¿se llama Arabel?

—Sí, el señor Luis Cárlos Arabel, de quien al principio desconfiaba, pero que despues se espresó con tanta sinceridad y respetuosa ternura.

—¿Y tanto respeto no le impedia el escoger los momentos que estabas sola?

—Me prometia incesantemente dirigirse á mi madre; pero me decia tambien, que antes era conveniente tuviéramos ocasion de conocernos y de estudiar mútuamente nuestros caractéres en estas furtivas entrevistas. En fin, antes de pedir mi mano queria asegurarse de que yo le amaba.... aunque no sé yo en verdad cómo queria adquirir esa seguridad.

—Yo sí lo sé muy bien, dijo á media voz la señora Brígida; y añadió con alguna inquietud: ¿Esas entrevistas á lo menos se verificarian en la tienda misma, al mostrador?

—Sí, tia mia, y esto le causaba disgusto, porque cuando entraba algun comprador era preciso interrumpir nuestra conversacion; pero pocos dias antes de llegar vd. á Madrid, sabiendo que mi madre debia el próximo domingo salir á misa y hacer algunas visitas, me exigió que le recibiese.

—¿En tu cuarto?

—¡Oh! no señora; abajo en la trastienda: se trataba, me dijo, de una entrevista decisiva para nuestro porvenir.

—¿Y esta entrevista?

—No llegó á verificarse; llegó vd. la víspera.

—¡Ah! respiro, dijo para sí la señora Brígida.

—Debia haber sido el domingo que vd. me trajo aquí.

—Mi buen ángel me guió sin duda, y ya conocerás que en esta ocasion fuí yo el tuyo.

—Ciertamente, tia mia, que tuve un gusto muy grande en venirme con vd. á pasar algun tiempo; pero me atormenta el sentimiento de no haber advertido á Luis de mi asencia, y de la causa que retrasaba esta importante entrevista: me calificará de poco atenta, ó de algo mas quizás, de indiferente; porque como no le he presentado á mi madre y no tiene motivo plausible para informarse de mí, no sabrá dónde me hallo, y esto debe causarle mucha pena.

—No pases cuidado, tranquilízate, porque no dudes que lo soportará mejor que piensas; ¿y sabes tú dónde vive?

—Nunca me lo ha dicho; pero un dia, sin que lo advirtiese, se le cayó del bolsillo del pecho de su levita una tarjeta que tenia escrito: *Calle del Príncipe* número—"—

—Calle del Príncipe número—"—yo me acordaré.

—¿Vais á escribirle que estoy con vos aquí?

—No, precisamente escribirle, no; pero el jueves, cuando te acompañe á Madrid para restituirte al seno de tu madre, puede que vaya á visitar á tu señor don Luis.

—¡De veras, tia! sí, qué buena es vd.

—¡Eh! yo no sé si á tí te desagradará despues.

—A mí no, y solo me ocurre si se enfadará por haber confiado á vd. todo, cuando no queria que de nada se enterase nadie, ni mi madre.

—Tranquilízate, mi Lucía; aunque así fuera no se atreveria á quejarse; pero ahora dejemos esta conversacion: el dia está muy hermoso, y si te parece dame el brazo y bajaremos al pueblo á dar un paseo.

—Bueno; iremos por la plaza de la iglesia.

—Como quieras, así de paso hablaremos al señor cura, que me aconsejará acerca de lo que preocupa ahora mi ánimo, mientras que tú te entretienes mirando á las mozas bailar.

—Y en tomar parte en sus danzas, si me da vd. permiso; y para que no crean que me quiero distinguir de ellas, no me pongo otro vestido ni la mantilla tampoco; no me parece que lloverá porque no se ve nube alguna.

—Bien, como quieras; pero dame la mia, que no es regular á mis años arrojarme por el pueblo con la cabeza desnuda. Bien, ahora vámonos.

Dejémoslas emprender su espedicion, y mientras tanto en Madrid veremos si el amante de la cándida jóven está tan afligido como supone; mas para esto debemos remontarnos á algunos dias antes de la época de la salida de ella, tan oportunamente determinada por su tia.

II.

Don Luis Cárlos Arabel, uno de los jóvenes de mas gusto y mas elegantes de la corte, hacia ya algun tiempo que era el adorador que mejor acogida y mas atenciones merecia de la encantadora Engracia de N.... Esta señora reunia á un talento cultivado, que habia producido bellísimas composiciones poéticas que la conquistaron una reputacion literaria, ademas de sus dotes personales y de su hermosura, una considerable fortuna de que era absoluta poseedora, adquirida por la prematura muerte de un esposo convertido en admirador de aquella musa, y que murió en tal presuncion, como tambien en la que poseia su amor.

Deslumbrada por los homenages que prodigaba Arabel á su belleza, le otorgó Engracia su mano para la época en que terminasen los lutos de su viudez, y acabase igualmente la composicion de una novela que tenia comenzada, porque habia calculado que estas dos épocas coincidirian; pero como Luis la viera, no obstante sus atractivos, mas ocupada de su renombre literario y de su riqueza que de su persona, determinó, para hacer mas llevadera la distancia que tenia que salvar hasta su felicidad conyugal, ocuparse aún de algunas amorosas aventuras, aunque veladas de oscuridad y misterio, y una de ellas era la que habia empeñado con Lucía, cuya niña inocente calificaba de pasion ardiente y sincera lo que era solo un pasatiempo.

Rica, linda y muy solicitada, era, puede decirse, hasta cierto punto Engracia, una notabilidad importante, un poder de Madrid en reducida, pero absoluta soberanía, y en esta posicion tenia espías á su servicio, es decir, á sus espensas, y estaba al corriente de la intriga que mantenia su futuro en el apartado cuartel de San Francisco: del contratiempo que habia esperimentado, precisamente cuando habia conseguido una cita tan incautamente convenida, y del abandono de la corte de su bella amada, conducida por una anciana parienta suya.

Si esta infidelidad intencional hubiese tenido por objeto alguna hermosura de las que pasean por el Prado muellemente reclinadas en su carretela, quizá no le perdonara Engracia con tanta facilidad; pero un amor como quien dice en el barrio de la Paloma, ó mas bien un capricho, y cuando sobre todo habia tenido un desenlace tan desventurado, no merecia la pena de arrugar el ceño y mostrarse

séria, sino que pensó que el ridículo satisfaria á su venganza, limitándose por entonces á referir á Arabel su desgraciada intriga, como episodio de la novela que la ocupaba.

Pero añadió la maligna Engracia: Yo no sé ahora cómo proseguir, porque por mas que pienso no atino á qué causa atribuir el eclipse de este astro, ó mejor dicho, su rápida desaparicion. ¿Quién será ese Mentor que bajo el disfraz de campesina Minerva ha preservado á mi heroina de la seduccion? ¿ó bien que otro amante mas diestro y afortunado ha sustraido del paterno mostrador á su amada? ¿Qué piensa vd. de esto Arabel, quiere vd. darme un consejo?

Esta celosilla venganza no dejó de lisonjear secretamente el amor propio de don Luis, que no mostró mayor confusion que la que conviene á un jóven de nuestra época, sobre todo, cuando la suprema elegancia ha consumado su impasibilidad y aplomo en todas ocasiones y la entera confianza de sí mismo.

—No seré yo ciertamente el que cometa la indiscrecion de aconsejar á persona tan instruida....

—Querrá vd. decir tan bien instruida.

—Como vd. guste; pero supuesto que desea saber mi dictámen, yo daria en el presente caso un giro particular al desenlace.

—Veamos.

—Yo comenzaria por no cuidarme de esa chiquilla, objeto de un capricho pasagero, para que interviniese un personage mucho mas interesante, al que el jóven ama con pasion, y el que deberia vengarse noblemente de un instante de error.

—¡Ah! ¿y cuál seria esa noble venganza?

—La inmediata fijacion del dia del matrimonio dentro del mas breve término posible.

—¡Oh! no soy tan vengativa, dijo Engracia sonriendo.

Pero sin embargo, fué tan elocuente el amor de Luis y tan apasionado, que acabó por convencerse de que era este el medio mas á propósito de curar sus ligerezas, y en atencion á ello fijó la siguiente semana para la ceremonia que debia enlazarlos. Esto pasaba dos dias antes de prescribir la cantidad de tiempo que el uso y la costumbre determina para los lutos.

—En seguida añadió Amigo mio, me ha dejado vd. la eleccion del dia, y ahora quisiera tambien hacer lo mismo con el sitio en que haya de verificarse. Las gentes de forma acostumbran, recibida la bendicion nupcial en la iglesia de eleccion ó de derecho, marcharse al campo ó encerrarse en su casa todo el dia, por evitar las visitas molestas y felicitaciones, que en semejante ocasion se reducen á satisfacer una curiosidad muchas veces maligna, y á servir de espectáculo á los ociosos: mucho mas nosotros que somos personas tan conocidas; yo quisiera adoptar un medio mas espedito, que concilia todos los estremos, y que me parece mejor que hacerlo secretamente como otros que lo reservan tanto como si fuera un delito el casarse: ademas que la mala intencion de algunas personas las induce á lanzar sus observaciones sobre la actualidad de los desposados; y diré mas, hasta sobre la existencia anterior y conducta de las personas.

—De todas maneras no podrian menos de ser para vd. favorables.

Ignoro si Arabel lo pensaba sinceramente; pero en cuanto á la linda viuda quizá tendria sus razones para desconfiar de esta asercion.

—No, contestó ella; su aprobacion seria hasta cierto punto para mí una contrariedad, una especie de profanacion de nuestra felicidad, y la creeria mancillada por la parte que en ella pudieran interesarse los indiferentes. Sabe vd. que á pocas leguas de aquí poseo una quinta cerca del pueblo de H.... donde podemos casarnos sin dificultad de ninguna especie, porque el dinero allana todos los inconvenientes; de esta manera se verificará nuestra union

sin aparato, sin un millar de testigos, y solo, todo lo mas, delante de algunas gentes honradas del campo, cuya benevolencia es segura y sincera para con las personas de superior condicion. ¿No es cierto que nada tiene vd. que oponer á mis deseos?

—Para mí, es una órden un deseo de vd.

—Es muy justo, porque aun no soy esposa.

—¡Oh! bajo ese aspecto nunca tendrá vd. en mí un marido.

Consiguiente á este convenio se determinó que únicamente saldrian de Madrid los testigos necesarios y una íntima amiga de Engracia, que por aficion á los contrastes tuvo mucho cuidado en escoger de una figura y de un talento poco aventajado.

Todo dispuesto algunos dias despues, segun los deseos de Engracia, para frustrar con su campestre himeneo la curiosidad y la maledicencia de los muchísimos desocupados de Madrid, partió el carruage de la linda poetisa conduciendo con ella á su futuro, á la posesion que en muy escasas ocasiones habia ocupado para entregarse á sus estudios literarios. Naturalmente fué este el asunto de la conversacion durante el camino y el tiempo empleado en el desayuno, que precedió á la ceremonia.

—Sí, decia Engracia; en estos amenos lugares he pasado momentos de soledad en que me creia dichosa con las creaciones á que me lanzaba mi fantasía; pero en adelante añadió con la mas dulce sonrisa, espero que la felicidad no será para mí alma una halagueña ficcion, sino una realidad seductora. Ahora, amigo mio, como la muger autora nunca ve satisfechos sus deseos, confieso me queda el sentimiento de no haber terminado la novela que con instancia reclama la coleccion de mis obras; mas es fuerza tener paciencia, porque las lunas de miel no son las mas productivas para la literatura, ademas de que su asunto me agrada mucho y quiero tratarlo concienzudamente, porque tiene alguna relacion con vd. mismo; tambien porque lo que al principio no era mas que un pasatiempo convirtióse despues en objeto digno de una composicion, y puedo asegurar ya sin rodeos, que efectivamente la linda confiterita y su misteriosa desaparicion, han sido los objetos que para escribirla me han inspirado.

—¡Y puede vd., Engracia, pensar aún? . . .

—¡Oh! nada tema vd., no es esto una reconvencion; ademas de que no he concedido indulto pleno al delincuente. . . . No, yo me he entretenido con este tema como con otro cualquiera imaginario; pero me falta un desenlace rápido y natural, para lo que yo desearia que apareciese la jóven por algun accidente dramático, teatral.

—¡Es posible, querida mia, se ocupe vd. de cosas semejantes, cuando nuestra mútua felicidad debia absorver todos nuestros pensamientos?

(Continuará.)

EL SACRIFICIO DE JESUS.

SONETO.

Con crueles ligaduras amarrado,
Y en sus hombros cargando el vil madero,
Al Calvario dirígese el Cordero,
A redimir al mundo del pecado:
Por el pueblo escogido, va arrastrado,
Con su sangre marcando aquel sendero,
Manifestando el rostro, verdadero
Dolor, por verlo así tan humillado.
El pueblo por Jesus beneficiado
Y que colmado fué con sus favores,
Olvídalos entonces y obstinado
Los paga con insultos y dolores.
Jesus, que siempre fué la mansedumbre,
Lo perdona, y espira en la alta cumbre.

Abril 18 de 1851.—*J. M. F. V.*

VARIEDADES.

¡POBRE LUCIA!

II.

CONCLUYE.

—Es cierto, tiene vd. razon, Luis; estos momentos debemos consagrarlos con abstraccion de todo, á nosotros mismos, sin que nos importe que digan: *Ese es el egoismo parcado;* pero me parece que siento un coche: serán los testigos; vamos á su encuentro, y nos iremos de seguida á la iglesia.

Salieron efectivamente, pero no sin que Engracia echara una mirada á su espejo para asegurarse de que el viage no habia causado la menor alteracion en su apostura de boda, no obstante no tenia que temer el exámen escrutador de los elegantes y reguladores de la moda; con satisfaccion vió que su trage conservaba toda su graciosa elegancia, y que las plumas de su sombrero ondulaban maravillosamente. Luis habia adoptado para la ceremonia un trage de mañana sencillo y de buen gusto, que le pareció en consonancia con el local de la solemnidad.

III.

Mientras estaban en la iglesia, llegaban delante del modesto templo, situado en una gran plaza decorada de árboles corpulentos, dos personas de quien hemos hecho mencion al principio de esta verdadera historia.

—Tia, hoy me parece que veo en este sitio mas gente que de costumbre.

—Tambien me lo parece á mí, para ser dia de labor, añadió la señora Brígida.

Ambas dirigieron á un tiempo la vista hácia la iglesia.—Será, continuó la tia, algun bautismo ó boda lo que así llame la atencion.

—¡Una boda! debe eso de ser muy agradable; ¿quiere vd., tia, que entremos?

—¿Y te parece bien entrar así en la iglesia? si vinieras convenientemente vestida. . . .

—¡Ah! ¡cuánto lo siento! yo quisiera verlo, porque debe la novia estar muy hermosa: dicen que la felicidad embellece.

—¿Y suspiras pensando en su felicidad?

—No es porque la tenga envidia, sino que yo me digo: Ya llegará un dia en que Luis y yo. . . .

—¡Pobre Lucia! dijo la señora Brígida suspirando tambien; ¿y si no llegase ese dia?

—¡Oh, tia mia, moriria de pena!

—No digas eso, niña; ¿y tu madre, y tu buena tia?

—Sí, es verdad, es una locura hablar así; porque ¿cómo es posible que suceda tal cosa? . . . ¿Habia Luis de engañar á una pobre muchacha dán-

dola una esperanza mentida? ¡Cuánto siento que se haya frustrado la entrevista que debiamos tener, y en la que dijo se fijaria nuestro porvenir!... Yo estoy persuadida de que ahora estaria mas tranquila.

—¡Eres una inocente! esclamó la señora Brígida con una sonrisa que trató de disimular.

En seguida, para distraerse de sus ideas se dirigió á un jóven aldeano, que en el trage ordinario de su ocupacion, parecia, en defecto de otra tarea, esperar como los demas, á que saliesen los que se hallaban dentro de la iglesia.

—¿Qué es eso, Tomás? preguntó la señora Brígida.

—Dicen que una boda, pero una boda de señores.

—¿Y quiénes son?

—Nadie conoce al novio, ni se le ha visto nunca por aquí; pero ella es una señora que se llama.... es una que tiene la posesion de esa gran quinta que está orilla del camino, y se llama, se llama la señora....

—Sí, la señora Engracia de N....

—Eso es, es una que dicen la leen mucho en Madrid; pero como yo no sé leer....

—Sí, la citan como una de las mas elegantes señoras y notables poetisas.

—Yo no diré si es de esas elegantes y poetisas; pero me han dicho que viene muy lechuguinamente vestida, que está muy bonita, y yo he venido para verla.

—Mira, ya que hemos llegado aquí, dijo la tia á la sobrina, aguardaremos para verlos salir. Vamos junto á las gradas, y de esa manera, cuando salgan, los veremos mas á gusto.

Efectivamente, una aldeana fué la primera que con una niña de la mano salió de la iglesia anunciando que se habia acabado la ceremonia, y se quedó tambien junto á las gradas para considerarlos á su salida. Las miradas de todos se dirigian al vestíbulo de la iglesia, así como las de Lucía, que no era la que menos tributo tenia que pagar á su curiosidad.

De repente apareció la dichosa pareja, y Lucía no se atrevia á dar crédito á sus ojos; apenas podia persuadirse de la profundidad de su desventura, y volviendo la vista hácia su tia con doloroso asombro, é inclinada su cabeza por el peso de su pena y lo terrible é inesperado del golpe esclamó:

—¡Es posible, Luis!

Escuchadas estas palabras por Engracia, no necesitó de mas aclaraciones y como muger autora antes que todo, esclamó: *He aquí el desenlace de mi novela.* Y al mismo tiempo echó sobre la pobre niña una mirada compasiva y desdeñosa. Luis, poseido de una emocion involuntaria miró á la desventurada Lucía con aparente indiferencia, y la multitud atenta solo á considerar los brillantes vestidos de los novios, no se cuidó de que allí mismo tambien podia contemplar un culpable y una víctima.

Un mes despues otra ceremonia de un género muy opuesto escitaba tambien la curiosidad de los aldeanos; en lugar de rosas blancas miraban paños fúnebres, en vez de dos recien desposados, un féretro. Una alma inocente y cándida habia sucumbido bajo la perfidia de un golpe que no podia comprender, y todos los habitantes de H... esclamaban:

—¡Pobre Lucía!

Yo tambien añadiria aquí:

No hay humana felicidad sin lágrimas, no hay dichas sin desventuras.

VIAGE A SUECIA.

RECUERDOS DE REVAL. (*)

....La mañana siguiente el huracán no bramaba, y nuestro vapor navegaba apaciblemente bajo un cielo azul y sobre una mar tranquila; los rostros de los pasageros estaban risueños, íbamos á llegar á Reval. Esta ciudad se alza en forma de anfiteatro á la orilla del mar, y su parte superior, llamada la *media naranja*, está edificada sobre una roca, desde la que hay una vista admirable. La tradicion da á aquella inmensa roca un orígen poético. El gigante Kalew, que habitaba las orillas del golfo de Finlandia, murió, y sus hijos, en número de veinte, le erigieron un túmulo digno de él, y precedidos de su desolada madre fueron á buscar enormes rocas para construirle un soberbio monumento. La media naranja tenia un aspecto imponente, cuando la contristada viuda, llevando tambien un inmenso pedazo de granito al mausoleo de Kalew, se detuvo un instante para llorar. Hallábase sola en el fondo del valle de Jerkull, y entregada á sus dolorosos recuerdos, dejó caer la roca y dió libre curso á su desesperacion, llorando tanto, y tan largo tiempo, que á poco el valle se llenó de agua. Un lago, el lago superior, ocupa el sitio de los pastos, y la viuda del gigante, víctima de las olas á que habia dado orígen, y que sus gemidos agitaban, y asaltada por una agitacion que iba en aumento, pereció, en fin, ahogada.... en sus lágrimas.

Desembarcado en Reval, fuí á visitar la iglesia de San Nicolás, edificada en el siglo XV, la cual encierra cosas curiosas, y con particularidad el cadáver del duque de Croy (*): lo que merece mas atencion es lo siguiente. El duque de Croy, que habia nacido en 1650, era uno de los generales mas distinguidos del célebre Pedro el Grande, el cual le dió el manto supremo de su ejercito en Narva. El duque rehusó este honroso cargo con el pretesto que las tropas rusas obedecerian con repugnancia á un estrangero, y se dejarian vencer: pero Pedro el Grande insistió. En fin, el duque de Croy, obligado á someterse á la voluntad imperial, fué abandonado por sus soldados, como lo habia previsto, y completamente derrotado, pues Cárlos XII y los suecos consiguieron una victoria completa, y el duque fué hecho prisionero. Conducido á Reval, y puesto en libertad bajo palabra de honor, ostentó allí un gran lujo, y aunque no recibia de Cárlos XII mas que una modesta pension, no se hablaba mas que de sus enormes gastos y desórdenes. Se aseguraba que en las numerosas orgías que presidia, tenia la singular facultad de desemborracharse cuando los demas convidados estaban embriagados como muertos. Para ello le bastaba desembarazarse de su ancha peluca á lo Luis XIV, y en el momento los vapores del vino, saliendo de los poros de su cráneo como un vapor espeso y báquico, le dejaban la cabeza sana y libre en términos de poder comenzar de nuevo á beber. El rey de Suecia, que no solamente se habia apoderado del duque, sino de sus tropas, habia dado libertad á los soldados conservando solo á los principales gefes. El duque de Croy amontonó deudas sobre deudas, y murió en 1702 sin haberlas pagado. Se preparaban á enterrarle, cuando la familia Noffman, y otros acreedores reunidos, se opusieron á sus funerales, para lo que les concedia derecho una antigua ley sueca, que condena á los deudores á ser privados del honor de la sepultura. En consecuencia, el cadáver del duque fué depositado sin pompa en una humilde bóveda, esperando que alguno de sus parientes le hiciese el favor de sacarlo de aquel sitio. Pero ninguno de los Croys de aquella época tuvo esta consideracion para el ilustre difunto, que fué olvidado en su rincon por espacio de 118 años (*). Al

(*) *Copia del Album del vizconde de Arlincourt.*

(*) *Walter-Scott nos afirma positivamente que la familia de Croy desciende de Quintin Durward.*

(*) *El emperador de Rusia ofreció pagar la mitad de las deudas del*

cabo de este tiempo, el marqués de Paulicci, gobernador de Reval, hallando que la penitencia mortuoria duraba demasiado, quiso ponerle término, y mandó el entierro definitivo del general de Pedro el Grande. Hizo sacar al duque de Croy de su féretro provisional.... pero ¡oh sorpresa! estaba en un estado de conservacion, que parecia maravilloso. Su trage estaba intacto: se hubiera podido creer que aun vivia. No obstante, era imposible, á pesar de esta rara circunstancia, mirarle como un santo y canonizarle, pues no habia muerto de ningun modo en estado de gracia, y hubiera sido un escándalo esponer los maravillosos restos á la veneracion de los fieles. Sin embargo, el marqués de Paulicci no pudo resistir al deseo de ofrecerle á la curiosidad pública. Por tanto, el vencido en Narva fué colocado en la iglesia de San Nicolás, bajo una urna de cristal en un lecho lujosamente adornado.

Hace veintidos años que la muchedumbre se reune en derredor de este singular sepulcro, y el sacristan, que lo muestra á los curiosos, saca una buena renta: el arruinado ha hecho su fortuna.

Causábame repugnancia ver traficar así, con una rareza sepulcral, y me acerqué á ella con asco: el célebre muerto se presentó en efecto delante de mí, no solo en huesos, sino en carne, á pesar de no haber sido embalsamado. El duque de Croy, cuyas facciones no están de ningun modo desfiguradas, conserva aún su vestido de terciopelo carmesí, la balona de encajes, las medias de seda y la camisa con que fué *depositado* en el féretro, hace ya ciento cuarenta años. El viejo sacristan de San Nicolás lo muestra con orgullo á los estrangeros, y cuando se quiere colmarle de alegría, no hay mas que dirigirle estas palabras:

—Es pasmosa la semejanza que teneis al duque de Croy.

—¡No es verdad? responde lleno de gozo y entusiasmo; y con efecto, la costumbre de vivir con el cadáver del que él llama su *amado bienhechor*, le han identificado con él en cierto modo. *¡Los que se juntan se parecen!* es ya un proverbio; así el sacristan se lisonjea en algun modo de no ser mas que una misma cosa con el duque. ¡Qué triste unidad!

No obstante, nada hay menos respetuoso que el modo de tratar su ataud y sus restos. Sacude los brazos, las piernas y la cabeza del muerto, sin respeto ni piedad, sin ceremonia ni moderacion, y con la mas reprensible irreverencia. Nada le importa que se grite, que se ria á carcajadas sin respetar la muerte ni lo sagrado del lugar, con tal que en seguida se saque el bolsillo. Pagad bien, y todo irá á las mil maravillas.

Habia sucedido recientemente una graciosa aventura en aquella misma iglesia de San Nicolás. Hela aquí: Inés, bella jóven de Reval, tenia por amante á un mancebo llamado Dmitri. Un dia, ambos amantes se paseaban juntos en las orillas del golfo, cerca de las ruinas del antiguo convento de Santa Brígida.

—Dmitri, dijo la hermosa, teneis fama de inconstante; verdad es que me jurais un amor eterno, pero lo mismo habeis hecho con otras muchas.

—No, Inés mia, sola tú eres la dueña de mi corazon.

—¡Ah! ¡si dejases de amarme!

—Si yo dejase de amarte, que Dios me castigue en el momento; que me quite la juventud y la vida, que no tenga piedad de mí, que me reduzca al estado del duque de Croy.

—¡Qué idea tan horrible! ¡Callad!

—¡Inés! ¡Tú dudas de mi amor! pues bien, quiero tranquilizarte; vé mañana por la noche á la iglesia de San Nicolás, y allí, al pié del altar, juraré solemnemente casarme contigo.

---

duque de Croy, con tal que su familia consintiese en hacerle enterrar; pero ella, segun dicen, lo rehusó.

¿Quedarás así satisfecha?... Dios oirá mi juramento.

—Iré, respondió la jóven.

Al dia siguiente, á la hora convenida, Inés se encaminó á la iglesia y llegó llena de amor y de esperanza, habiéndose procurado antes los medios de introducirse en el templo; pero entró y solo halló tinieblas y silencio, al llegar á la primera cita.

—¡Cómo! ¡No ha venido aún! dijo la jóven turbada: ¡si habrá cambiado de pensamiento?...

Agitábanla sombríos pensamientos, se arrodilló y se dirigió á Dios, esperando al amante adorado. Puesta en la tierra, no era al cielo á quien pedia, pero al menos á él era á quien rogaba.

Pasóse la hora sin que Dmitri llegase, y la desconsolada niña se levantó con espasmos de inquietud y vertigos de terror.

—Ya no me ama, se decia á sí misma; me ha engañado y se burla de mí. ¡Dos castigará al pérfido!

En este momento percibió en una de las estremidades de la iglesia, una luz viva y rojiza que salia al través de las hendiduras de una puerta. Abrióse esta, y vió una sacristía donde habia una estufa: ¿quién habrá encendido fuego á esta hora?.... ¿Con qué objeto? ¿Para quién?

Inés corrió hácia el sitio misterioso; su corazon latia con fuerza. Abrió la puerta con precaucion, y vió un hombre sentado en un ancho sillon enfrente de la estufa, que con la espalda vuelta se estaba calentando.

—¡El es! ¡Mi Dmitri! dijo Inés; y se acercó pálida y turbada; sus pasos apenas tocaban el pavimento, ni causaban ruido.

—Aquí estoy, amado mio, dijo en voz baja; ¡pero por qué este fuego?

Al decir estas palabras, se acercó y dió un espantoso grito. Dmitri, el bello Dmitri, habia cambiado de forma y de aspecto, y se hallaba en el estado de un cadáver, en el estado de el del duque de Croy, y así convertido en una momia delante de ella, estaba sentado y se calentaba á la estufa. ¡Desdichada Inés! El horror se pintaba en su rostro, y recordó con espanto las palabras de su amante en las ruinas de Santa Brígida.

—"Si yo ceso de amaros, que el cielo me reduzca al estado del duque de Croy."

—¡Ay Dios mio, Dios mio! esclamó; es así como debia volverte á hallar! Dmitri, eres tú....

La desventurada amante queria reunir todas sus fuerzas y acercarse mas; pero un negro velo oscureció sus ojos, y la pareció que el cadáver se removia, y que oia el crujido de los huesos; la miraba.... y se reia.... helada de espanto, loca y dando gritos inarticulados, huyó como un relámpago, atravesó la iglesia á pesar de los obstáculos y de la oscuridad, y llegó á la puerta. Un hombre la cerró el paso.

—¡Inés! esclamó; era Dmitri.

La asombrada jóven cayó en los brazos de su amante, el cual no comprendia nada del espantoso estado en que la encontraba. ¡Qué delirio! ¡Qué era lo que ella decia?

—¡El duque de Croy!... está allí sentado, y se calienta en una estufa....

—¡Qué escucho!

—Ha resucitado.

—¡El duque!

—Y le he tomado por vos.

Inés estaba casi desmayada, Dmitri la llevó en sus brazos, y despues de haberla dejado en su casa, corrió á la de un magistrado.

—El duque de Croy, le dijo, ha resucitado esta noche.

—¡Vamos! Estais loco.

—Venid, le vereis por vos mismo cómo se calienta en la sacristía despues de haber encendido la estufa.

Dirigióse el magistrado á la iglesia; llegó al lugar en que reposaba siempre el ilustre difunto, vió el lecho vacío, y entrando en seguida en la sacristía, hallóse con el cadáver.

—¡Quién va! dijo una voz ronca, y el

magistrado cayó de espaldas, no dudando que el resucitado era el que le dirigia la temible pregunta, y creyó morirse en el acto. Felizmente Dmitri le seguia á corta distancia, y se apresuró á socorrerle: le levantó y preguntóle.

—¡Sí.... el duque sentado...., cerca del fuego!... esto es inaudito.... el muerto se calienta.

En esto se presentó el sacristan, y todo se esplicó sin prodigio.

—¿Vos ahí? dijo el magistrado.

—Sí: cerca de mi querido bienhechor.

—¿Pero qué hacíais con él?

—Le calentaba.

—¿Para qué?

—Era preciso secarle porque el tiempo está muy húmedo. El duque estaba mojado sobre su lecho, y no solo sus vestidos se echaban á perder, juro que hasta su misma figura se alteraba. Por eso he encendido fuego y caliento á mi querido bienhechor.

El sacristan habia ido á buscar leña para su estufa, en el momento en que Inés apercibió al duque, y él era el que volviendo con su provision y oyendo á alguno acercarse, habia gritado: ¡Quién va! Este hecho, como puede suponerse, fué despues referido largo tiempo con numerosos comentarios.

Al dia siguiente, caballos de posta me conducian al castillo de Kolk, donde me esperaban amables amigos. El general Brevera me acompañaba. Dimos de paso una mirada á las ruinas de Santa Brígida, y recogí en el curso del camino muchas leyendas sobre el pais; he aquí algunas:

Uxkull era uno de los mas poderosos señores y de los mas belicosos caballeros en la edad media. Habitaba una fortaleza cercana de Reval, de la cual huyó de sus esclavos temeroso del castigo de una falta grave que cometiera. Uxkull siguió á su esclavo, pero este se habia refugiado en la ciudad libre de Reval, y nadie tenia el derecho de apoderarse de él sin autorizacion; pero Uxkull era de aquellos hombres feroces y atrevidos que ningun obstáculo detiene, y que ningun riesgo hace retroceder. Ostentando su altanería entró en la ciudad, se apoderó de su esclavo, y él mismo y con su misma espada le cortó la cabeza, antes que los magistrados tuviesen tiempo de hacerle sus justas reclamaciones. La espada de Uxkull cortaba admirablemente.

Conmuévese la ciudad; el soberbio caballero habia violado las leyes divinas y humanas. Nada habia respetado, ni el sagrado derecho de asilo, ni la autoridad legal, ni las costumbres del pais, ni los fueros de la ciudad. Reval debia ser vengada.

¡Mas cómo apoderarse del arrogante guerrero! ¡Cómo lograr que abandonase su fuerte castillo! ¡Cómo prenderle y castigarle! Habia en la ciudad una bella y noble dama, á la cual rendia sus homenages.

El orgulloso Uxkull, aunque no habia hecho ningun progreso en su corazon, tenia la costumbre de creer siempre seguro el triunfo. Una noche le entregaron un billete.

"Querido Uxkull: largo tiempo he combatido y ocultado mis sentimientos por vos; pero al fin triunfais, yo os amo, y lo que es mas, os lo confieso. Venid esta noche á Reval, yo misma os abriré en secreto la puerta pequeña de mi casa, cerca de la de Steinboch, venid; contaré las horas con la impaciencia del amor."

Esta carta mal redactada y peor escrita, nada tenia de elegante ni de ingeniosa. Este no era un mensage de amor en buena regla, pues le faltaban una multitud de medias tintas y delicadezas, las transiciones no eran buscadas con miramiento, su estilo era crudo y la declaracion repentina. Una dama de alto rango no podia descarriarse de tal modo.... pero Uxkull, con su carácter presumido, no dudó de que el billete pudiera ser fingido, se habria sonrojado de pensar que una muger dejase de responder á su llamamiento; así se adornó con la mayor elegancia, y apenas llegó la noche llamó á la inmediata puerta.

¡Oh traicion! apenas habia puesto la mano sobre la aldaba..... cuando muchos hombres armados se arrojaron sobre él, y hecho prisionero y cargado de cadenas, quedó en poder de la ciudad indignada que iba por un á vengarse. Apenas llegó á noticia de los nobles del pais la prision de Uxkull por medio de un pérfido lazo, tomaron las armas y reclamaron el prisionero. Los magistrados de la ciudad respondieron con audacia que no debian recibir órdenes de nadie, y en seguida Reval se vió cercada. Los sitiadores tenian en su favor el valor y la fuerza; los sitiados tenian el derecho y la justicia: ¡derecho y justicia! palabras vanas, entonces como hoy dia; la razon era del mas fuerte.

Era muy natural que los magistrados de Reval serian necesariamente vencidos, la ciudad tomada por asalto, y que la espada triunfara. No importa, la ciudad vengará su agravio. La trompeta ha resonado bajo los muros, y se intima la rendicion.

—¡Abrid las puertas en el instante! gritó un heraldo. Los magistrados respondieron: *Está bien*, lo que equivalia á la palabra *sí*. Fueron en busca de las llaves de la fortaleza, y los portadores condujeron á Uxkull á la plataforma que dominaba la antigua puerta gótica llamada *Schmiede-Pforff*.

—Caballero, gritaron los defensores; en el momento se pondrán las llaves en vuestras manos: aguardad algunos instantes, en tanto os ofrecemos la cabeza de Uxkull. Habiéndolo condenado la justicia, nosotros ejecutamos la sentencia.

Al mismo tiempo el cautivo caballero fué degollado á la vista de los sitiadores, y la ciudad les abrió sus puertas (*).

Ciertamente habia un valor inmenso en desafiar así un ejército triunfante, en el momento mismo en que se rendia á discrecion; pero este valor salvó á Reval. Los nobles que la sitiaban conocian muy bien que su hermano de armas habia estado muy lejos de hallarse sin culpa en el suceso que habia ocasionado su muerte, y no pudieron menos de admirar la intrepidez con que los magistrados de la ciudad habian pronunciado la condenacion del culpado, y ejecutado la sentencia con riesgo de un castigo horrible.

Ninguna venganza se tomó, y solo se dió órden, en expiacion de la muerte de Uxkull, que la puerta de Schmiede-Pforff, donde habia perecido el célebre caballero, se condenase y tapiase para siempre. Con efecto, así subsistió hasta el reinado de Catalina II, que la hizo abrir.

La cuchilla del verdugo que cortó la cabeza de Uxkull, se conserva en Reval en el museo nacional. En la hoja de la cuchilla, se leen dos versos que dicen:

No fué muerto por venganzaa,
Sino por voluntad del cielo.

En el siglo XV habia en las cercanías de Reval una familia noble y opulenta, que se distinguia con el apellido de Scheremberg; una de las poderosas damas de esta ilustre casa, habia reunido cierto dia en su castillo una numerosa asamblea. En el fondo del salon donde el festin se celebraba, habia una inmensa estufa tan inmóvil como pesada. ¡Era obra de la castellana!

—¡Noble señora! dijo uno de los convidados; ¡qué magnífica es esta casa!

—Sí, murmuró una voz envidiosa; ¡es muy bella, pero no muy duradera!

Oyólo la castellana, que orgullosa y altanera como Uxkull, se creia privilegiada en todo y para todo, y su felicidad le parecia una gracia debida de

(*) *En Reval conocí al baron Alejandro de Uxkull, gentil-hombre del emperador y descendiente del famoso caballero de quien hablamos.*

justicia, del mismo modo que su fortuna un derecho inatacable.

—¡Duradera! repitió alzando su soberbia frente. Tan sólida y tan durable como lo es y será la estufa construida aquí para mí y para toda mi descendencia. Todo en mi casa es *eterno*.

En el mismo instante salió una carcajada infernal de la magnífica estufa que ella señalaba con el dedo, un crujimiento espantoso la sucedió, y la estufa se rajó y cayó á pedazos.

Palideció la señora de Scheremberg, y en aquel mismo año la afligió una série continua de desastres y desgracias, pues su fortuna se desmoronó, y su estufa y su orgullo como su fortuna.

Murió sin dejar siquiera con qué pagar sus funerales, y algunos amigos caritativos le pagaron un modesto entierro. En cuanto á sus descendientes, no pudieron recobrar el antiguo esplendor de los Scheremberg, y la familia ha permanecido siempre pobre.

Al volver á Reval fuí á ver al gobernador de la plaza Patkull, pues deseaba conocerlo, porque me refirieron una historia singular que pertenece á su familia. El gobernador, que es de una talla muy alta, tenia entre sus abuelos un guerrero gigantesco y escesivamente orgulloso con su alta estatura. Ocurriósele un dia colgar del techo una enorme lámpara de cristal sin servirse de escalera ni taburete, y sin empinarse siquiera sobre las puntas de los piés; encantado de esta obra maestra, depositó una suma considerable en un establecimiento público, con órden de no entregarla sino á uno de sus descendientes que llevase el apellido de Patkull y que pudiese quitar la araña de su lugar sin escalera ni taburete. Ningun Patkull se ha hallado desde aquella época con una estatura bastante aventajada para poder descolgar la araña y cumplir el estravagante deseo de su altísimo ascendiente.

¡Y el dinero? El cristal pende aun del techo y la suma aguarda al gigante.

Lo siento por Reval; pero todas sus crónicas inducen á creer que la vanidad era allí en otro tiempo la base fundamental del carácter de sus buenos habitantes. ¡Líbreme Dios de pensar que es ahora así! pero yo no juzgo, solo refiero.

EL REYEZUELO.

El reyezuelo es el mas diminuto de nuestros pájaros. Los hay de muchas clases, y así se les da diferentes nombres, segun tambien las diferencias poco perceptibles ó al menos poco notables que existen en su especie. Su pico es delgado, corto y un poco comprimido, los agujeros de su nariz cubiertos de una pelusilla muy fina, su lengua cartilaginosa muy puntiaguda, áspera por su estremo y las alas cortas. El color del fondo de su pluma es verde oliva algun tanto oscuro; pechuga y garganta pajiza, y el vientre blanco tirando á pardo. Por un contraste bastante notable el reyezuelo fabrica su nido en la tierra, en el corazon de algun enmarañado jaral y entre hojas secas, y lo hace con plumion, y tan pequeño, que fácilmente se oculta á los ojos de los mas prácticos y perspicaces. Los ingleses le llaman *chiff-chaff*, cuyo nombre reproduce con bastante exactitud el ruido que produce su gorjeo. En Francia se le designa bajo el de *tip-tap*, tambien por una imitacion de su canto, cuyos sonidos repite siete ú ocho veces y con la mas grande precipitacion y volubilidad, y en España le designan con el nombre de *reyezuelo*.

VARIEDADES.

JOSE ZORRILLA.

¿No es notable que, como la historia de la humanidad dentro del sistema de Vico, giren dentro de un mismo círculo la mayor parte de las biografías de poetas? Sus padres siguen todos el axioma de Platon, que escluia de su república á los soñadores. Quieren que sus hijos tomen parte en las maniobras activas de la nave social, echando mano, ya á los cables, ya al timon, ya al silbo del mando, mientras los poetas, teniendo mas placer en consultar las estrellas sobre el rumbo del buque, como el Chatterton de Alfredo de Vigny, pasan su infancia contemplativa en choque con las miras domésticas, y si salen á veces maldecidos y muy á menudo maltratados vencen casi siempre.

La vida de D. José Zorrilla ofrece un ejemplo notable de los triunfos que la imaginacion filial compra muy caro contra el dictámen paterno.

Habiendo nacido en Valladolid el 21 de Enero de 1817 de D. José Zorrilla, magistrado de la chancillería, y de Doña Nicomedes Moral, viajó en su infancia desde la ciudad natal á Burgos y á Sevilla, donde su padre estuvo empleado. Nombrado éste en 1827 alcalde de casa y corte, fué á Madrid en donde tuvo tambien un cargo elevado en el ramo de policía. Colocó á su hijo en el Seminario real de los nobles, vasto establecimiento que estaba al cuidado de los jesuitas, y dotado de grandes privilegios por el rey. En él se daba una educacion sólida y brillante, á los primogénitos de las primeras familias del Estado. Zorrilla estudió en su compañía hasta 1833 las humanidades, la filosofía, las matemáticas, las lenguas, el dibujo, la música, y demas conveniente al desarrollo de su rica imaginacion.

Como á la salida del colegio no viviera ya su padre en Madrid, se incorporó á él en una pequeña villa de Castilla la Vieja, donde estaba confinado de real órden con prohibicion de acercarse á la córte y á los sitios reales.

Muere luego Fernando VII, y su testamento suscita la guerra civil. ¡Dejará el antiguo magistrado á su hijo por defender sus principios políticos? Lo quiere con ardor; pero es vencido por su deber de familia. Tres años permanece en su oscuro retiro, atento al estudio de las leyes que sigue su hijo en las universidades de Toledo y de Valladolid. ¡Sacrificio inútil! Los áridos campos de la jurisprudencia desagradan al poeta naciente que está enagenado con los perfumes literarios que ha traido del colegio de los jesuitas. Cáensele de las manos los códigos latinos y castellanos por deleitarse con el *Romancero*, D. Quijote ó los dramas de Calderon. Cediendo á las reiteradas amonestaciones de su padre, se levanta para ir á la cátedra de derecho civil, y segun va andando, ya se